



Presentación

Zira Box ¹ y Javier Muñoz Soro ²

Vivimos una época de incertezas –o al menos de pocas seguridades– tras el derrumbe de los grandes relatos que dieron sentido a la modernidad. Así lo aventuraron desde finales de los años 60 teóricos como Daniel Bell con su tesis sobre el fin de las ideologías y así lo corroboraba en 1989, cuando la derrota del comunismo se sumó a la del fascismo, el conocido politólogo norteamericano Francis Fukuyama, primero a través de un artículo seminal y, en 1992, con mucha más repercusión, en su famoso libro *El final de la historia*. Con la crisis de las grandes ideologías que habían definido el “breve siglo XX”, venían a decir, quedaba clausurada la historia como se había entendido hasta ese momento y en el vacío dejado por la desideologización surgían, como axiomas incontrovertibles, la democracia liberal y el sistema capitalista; y con ellos, el pensamiento único.

Esta interpretación, como se sabe, provocó una amplia ofensiva intelectual. Ni los conflictos se habían terminado, si no era desde una visión eurocéntrica del mundo, ni podía hablarse, señalaban sus detractores, de una generalizada desaparición de las ideologías. Sin embargo, la pregunta que este puso encima de la mesa sigue allí interrogándonos: cómo pensar y cómo escribir la historia en un mundo carente de grandes relatos y definitivamente escéptico ante las metanarrativas de la historia, condición posmoderna por excelencia, como había sentenciado Jean-François Lyotard en 1979. Desde entonces, se ha recorrido un largo camino en la reflexión, reconfiguración y búsqueda de nuevas salidas a unas ciencias sociales y humanas que se vieron cuestionadas en algunas de sus más sólidas líneas de flotación.

En este sentido, no es casualidad que con esas preguntas sigan comenzando muchas de las reflexiones sobre la historia y las ciencias sociales que responden a tres niveles distintos, aunque estrechamente relacionados entre sí: los relativos a su estatus epistemológico (su relación con la verdad), aquellos sobre su demanda y uso (su relación con la sociedad) y los que versan sobre su condición disciplinar y

¹ Universitat de València (España).

E-mail: zira.box@uv.es

² Universidad Complutense de Madrid (España).

E-mail: jmsoro@ucm.es

validez heurística (la relación entre ellas). Un buen ejemplo a este respecto ha sido la obra colectiva *El fin de los historiadores*, coordinada por Pablo Sánchez León y Jesús Izquierdo (2008), para quienes lo que también anunciaba la tesis de Fukuyama era una nueva concepción social del tiempo, un cambio en la percepción de las relaciones entre pasado, presente y futuro.

Se trataba de una idea no muy distinta de la defendida por Manuel Cruz (2012) en su ensayo *Adiós, historia, adiós: el ocaso de las utopías, el colapso del pensamiento emancipador y el debilitamiento de la idea de progreso* habrían llevado al descrédito de la historia como *magistra vitae*, dejando de iluminar tanto nuestro presente como nuestro futuro, sumido hoy, más que nunca, en la incertidumbre. Tanto que, en realidad, a lo que asistiríamos sería al fin del futuro. Ya no se trataría, entonces, de constatar exclusivamente la crisis del mito del progreso, culminada con el declive del que parecía el eterno desarrollo económico de la posguerra y la caída del comunismo³, sino de corroborar la del propio tiempo histórico tal y como había sido entendido por la historiografía desde su origen como disciplina. Una quiebra de la concepción de un tiempo lineal y cronológico que ya había sido enunciada unos años antes por Reinhart Koselleck (1979).

Ruptura del tiempo, por tanto, y también cuestionamiento de la verdad, porque lo que simultáneamente se desvanecía con lo primero era la “realidad” como objetivo último del quehacer histórico y de cualquier ciencia humana o social. Después de reivindicar durante décadas un estatus de cientificidad basado en la objetividad de los hechos y la reconstrucción de lo que “realmente ocurrió” como horizonte epistemológico, mediante la búsqueda de pruebas, la crítica de fuentes y otros procedimientos hermenéuticos social y profesionalmente reconocidos (Moradiellos, 2011), el historiador pasaba a convertirse en lo contrario. En palabras de Jesús Izquierdo (2016), “en un vigilante contra cualquier enunciado de la realidad que busque ser definitivo, contra cualquier pretensión de naturalizar un régimen de verdad”.

Es cierto que ni la problematización de las capacidades explicativas de la historia, ni los interrogantes sobre la conexión entre ciencia y realidad eran estrictamente una novedad (Schaff, 1977). Sí lo era, en cambio, el surgimiento de un amplificado cuestionamiento del modelo dicotómico que marcaba la diferencia entre una realidad objetiva y una esfera subjetiva o cultural, un modelo persistente que había logrado permanecer más o menos inalterado incluso en las aportaciones más renovadoras de la historia social de la segunda mitad del siglo XX. No se trataba, señala Miguel Ángel Cabrera (2000), de ignorar la indudable aportación que esta historia social había realizado al avance historiográfico a través de la incorporación de nuevos temas, perspectivas y grupos sociales como materia de trabajo y reflexión, sino de señalar el surgimiento de una poliédrica “nueva historia” en la que los límites borrosos entre lo objetivo y lo subjetivo, el texto y el contexto, estarían plenamente asumidos desde su intrínseca complejidad. El *historic turn*, el *linguistic turn*, el *cultural turn*, el *sociological turn*... toda renovación de las ciencias sociales y humanas ha conducido en las últimas tres décadas a poner en evidencia este carácter histórico y discursivo, cultural y socialmente construido de todo conocimiento.

³ Anunciada en esos años por muchos intelectuales, aunque el sociólogo Georges Friedmann ya había titulado así, *La crisis del progreso*, su historia de los intelectuales europeos escrita en 1936. También en España, por ejemplo, Antonio Campillo (1985).

En función de lo expuesto, se hace evidente que el final del siglo XX y, cogiendo el testigo, el comienzo del XXI han sido un tiempo de dudas y replanteamientos. Agitadas algunas de las más prolongadas asunciones, el orden de cosas se ha agrietado para dejar que emerjan, a través de las fracturas de algunos de los puntos de anclaje, nuevos espacios para el encuentro entre la historia y el conjunto de disciplinas que conforman las ciencias sociales. En esta nueva forma de diálogo, el intercambio de conceptos, ideas y reflexiones en un campo ampliado desde la sociología a disciplinas como la lingüística, la crítica literaria, la antropología o la psicología social está permitiendo repensar, en clave histórica, la comprensión de las identidades, la reflexión sobre las fronteras del yo y las subjetividades, el entendimiento del lugar del sujeto dentro de las estructuras, el papel del lenguaje o la multiplicidad de relatos que coexisten dentro de las configuraciones de poder, por poner ejemplos notorios que están presentes, de un modo u otro, en las páginas de este número monográfico.

El objetivo de este dossier se sitúa, por tanto, justamente ahí, en el interés por explorar algunas de estas vías de diálogo y renovadas confluencias entre la historia y las ciencias sociales que manan, en parte, de la erosión de las fronteras nítidas entre unas y otras. Es verdad que el mencionado intercambio no es nuevo, pues la complementariedad entre ambas –ese Jano bifronte, como lo denominó Claude Lévi-Strauss en su *Antropología Estructural*– se ancla en el mismo origen de la institucionalización y profesionalización de las dos disciplinas en las últimas décadas del siglo XIX y primeras del XX. También lo es que estos cruces de caminos no han sido siempre fáciles, como desgranar con detalle Marta Latorre y Héctor Romero en el primer artículo de este número monográfico. Sin embargo, lo que sí parece una novedad es el amplio convencimiento del enriquecimiento mutuo que se produce cuando los límites se difuminan y los intercambios traspasan lo epidérmico para penetrar y afectar a los propios principios epistemológicos y metodológicos de unas y otras disciplinas. Así, si durante la segunda mitad del siglo XX la reflexión especular se basó en acentuar las diferencias entre la historia y las ciencias sociales (lo particular frente a lo general, lo idiosincrásico frente a lo recurrente, lo irreplicable frente a lo permanente, el cambio frente a la instantánea, el tiempo breve frente al largo, la narración frente al análisis...), hoy, en cambio, asistimos a la emergencia de prometedoras señales de renovación. Unas señales que corroboran, aunque tardíamente, aquellos augurios de Santos Juliá en su pionera *Historia social / Sociología histórica* (1989) cuando, desde la división de tareas entre una y otra y, al mismo tiempo, desde la permeabilidad entre ambas, apuntaba que cabía esperar un prolífico destino.

Los textos que aquí se recogen parten de lo anterior, de la riqueza que se abre ante quien se atreve a transitar por el resbaladizo, aunque siempre fascinante, terreno de la interdisciplinariedad. También asumen la complejidad, porque abandonar lo conocido para acercarse a puntos de intercambio donde se entremezclan las maneras de interrogar al mundo social conlleva aceptar riesgos, dudas y desazones. Ninguno de ellos, es cierto, agota las líneas de diálogo interdisciplinar, pero todos suponen ejemplos y pistas para conjugar la dimensión historiográfica con preguntas tan propias de las ciencias sociales como son el papel de los sujetos dentro de las estructuras y la conformación de las subjetividades en los contextos (como en el caso del artículo de Mónica Burguera); la materialidad y

encarnación de los discursos políticos en los sujetos a través del espacio corporal y de la respuesta emocional (como en el texto de Mercedes Arbaiza), o la importancia de los discursos para reflejar y, simultáneamente, para construir realidades sociales (como en el estudio sociometafórico propuesto por Zira Box). Interrogantes, se apuntaba más arriba, propios de las ciencias sociales en sentido amplio que, a lo largo de las páginas siguientes, se trasladan a tres momentos de la historia contemporánea española con la intención de abogar, tras el exhaustivo recorrido y estado de la cuestión que ofrecen Marta Latorre y Héctor Romero, por los intercambios, cruces y diálogos como espacios de encuentro preñados de retos, incógnitas y desafíos analíticos.

Bibliografía

- Cabrera, M. A. (2000): *Lenguaje, historia y teoría de la sociedad*, Madrid, Cátedra.
- Campillo, A. (1985): *Adiós al progreso: una meditación sobre la historia*, Barcelona, Anagrama.
- Cruz, M. (2012): *El abandono del pasado en el mundo actual*, Oviedo, Ediciones Nobel.
- Izquierdo, J. (2016): “El historiador y el desafío del pluralismo posmoderno”, en J. R. De la Fuente y P. Pérez Herrero, coords., *El reconocimiento de las diferencias (Estados, naciones e identidades en la globalización)*, Madrid, Marcial Pons, pp. 231-242.
- Koselleck, R. (1993): *Futuro pasado. Para una semántica de los tiempos históricos*, Barcelona, Paidós (1ª edición original en alemán de 1979).
- Moradiellos, E. (2011): *El oficio de historiador*, Madrid, Siglo XXI.
- Sánchez León, P. y J. Izquierdo (2008): *El fin de los historiadores: pensar históricamente en el siglo XXI*, Madrid, Siglo XXI.
- Schaff, A. (1977): *Historia y verdad*, Barcelona, Crítica (1ª edición en alemán de 1971).